

indios americanos,» dice al hablar de los de Méjico, «del mismo modo que los del Indostan, están acostumbrados á contentarse con la mas corta porcion de alimento que exige la necesidad de mantener la vida: crecen en número, sin que el aumento de las subsistencias sea proporcional al de la poblacion. Naturalmente perezosos, y en especial á causa de la posicion en que se hallan en su hermoso clima, en un terreno generalmente fértil, estos indígenas no cultivan mas maíz, patatas y trigo que el necesario para su propio alimento, ó á lo mas el que se necesita para el consumo de las ciudades y de las minas cercanas..... La falta de proporcion que se advierte entre los progresos de la poblacion y el aumento de la cantidad de víveres producida por el cultivo, renueva el horroroso espectáculo del hambre.»

Esta, pues, se presentó imponente entre la clase pobre, en los últimos meses del año de 1785. El virey, afligido al ver padecer al pueblo, buscó los medios de auxiliarle en su desgracia. Mientras con el maíz reunido en la alhóndiga se atendía á las necesidades de la multitud, el noble conde de Galvez convocó á las personas mas notables y acaudaladas de Méjico, así como á las corporaciones, y les excitó, en nombre de la humanidad y de la religion, á que dedicasen lo que pudieran de su riqueza, á la compra de los alimentos mas precisos para atender á la subsistencia de la clase menesterosa. Sus filántropos sentimientos encontraron eco en los individuos á quienes habian convocado, y sin pérdida de momento se enviaron comisionados activos por todos los pueblos y haciendas para que comprasen el maíz necesario, y lo remitiesen

con la mayor prontitud á la ciudad. Mientras los encargados de comprar el grano se ocupaban en adquirirlo, el conde de Galvez continuaba teniendo frecuentes juntas, relativas todas á remediar la calamidad que affigia á la parte mas infeliz de la poblacion. Hallándose en una de esas juntas, entraron á decirle que no quedaba ya en la alhóndiga un solo grano de maíz y que los pobres desfallecian de hambre. El virey, al escuchar la dolorosa nueva, se sintió profundamente conmovido, y no teniendo presente mas que la afficcion de sus gobernados y el deseo de remediar sus males, se levantó de su asiento y aturdido por la pena, salió inmediatamente de palacio, no solo sin escolta, sino sin sombrero, y se dirigió á veloz paso al depósito que estaba en donde es hoy la bolsa, para cerciorarse por sí mismo de la verdad y hacer que se socorriera al pueblo. La multitud, al ver al virey afligido tomar aquel paternal interés por su suerte, se conmovió profundamente y lanzó vivas de gratitud al digno gobernante que, conmovido á su vez ante aquel cuadro de un pueblo menesteroso y agradecido, sintió nublarse sus ojos con abundantes lágrimas. Las providencias dictadas por el conde de Galvez en las afflictivas circunstancias que le rodeaban, produjeron los resultados que se anhelaban, y su noble corazon encontró la recompensa en la satisfaccion de su conciencia. El pueblo, agradecido, acompañó al virey cuando volvió á palacio, llenando el aire de aclamaciones de reconocimiento y de amor.

Esos actos que revelaban el generoso corazon del marqués de Galvez, cautivaban á la multitud y le conquistaron el aprecio de la sociedad. Para el pueblo reunía otra

cualidad que le hacia apreciable: la de presentarse en todas partes sin fausto, solo, como un simple particular, marchando muchas veces á pié con su esposa, manifestándose cariñoso con todo el mundo. El dia 30 de Octubre salió con la oficialidad á pasear al portal, que era un punto á donde concurrían las familias con ese objeto, y en la noche del 31 volvió al mismo sitio con la vireina y toda la familia, confundiéndose como un particular entre los demás que se paseaban. Era el primer caso que se daba de que un virey se presentase en ese paseo (1). Con la misma familiaridad y sencillez se dejaba ver donde quiera que se celebraba alguna diversion notable. Por eso el 14 de Noviembre del mismo año de 1785 en que se celebró la primera corrida de toros en la plaza del Volador, marchó á ella por mañana y tarde en un birlocho con la vireina, dando algunas vueltas, dirigiendo él mismo los caballos que tiraban el carruaje. Hasta entonces las corridas de toros se habian verificado en la plaza del *Marqués*, que formaba el espacio que hay desde el Empeadrillo á la catedral, en la plazuela de Guardiola, en la de la Santísima y en Chapultepec. El paseo en la nueva plaza de toros lo repitió el virey al siguiente dia, que se daba la segunda corrida, acompañado como el dia anterior de su esposa, dirigiendo siempre los caballos del birlocho. En la corrida de la segunda tarde salió á torear una mujer, ahijada del virey, á la cual arrojó el público muchos regalos. Esta aficion que manifestaba el conde

(1) «Cosa que no se habia visto en el reino entre los señores.» (vireyes).
Diario del cabo de alabarderos D. José Gomez, testigo presencial.

de Galvez á las diversiones públicas, presentándose en ellas sin perder ninguna, no concurriendo con igual frecuencia á las religiosas, dieron motivo á que le pusieran un pasquin donde le pintaban mas profano que devoto (1). Esas llanas costumbres del virey, que pugnaban con la gravedad con que se habian manejado siempre los gobernantes, dieron motivo á sus enemigos para sospechar que su afan de popularizarse ocultaba miras siniestras de bastarda ambicion. A dar fuerza á las ofensivas sospechas contribuyó el que mandase construir el palacio de Chapultepec para recreo de los vireyes, en el punto pintoresco en que hoy se encuentra el bello edificio en que los presidentes pasan una temporada del año, y que antes de la presidencia de D. Benito Juarez, fué colegio militar. Antes del gobierno del conde de Galvez, habia al pié del cerro una casa pequeña en que solian alojarse los vireyes antes de entrar á la ciudad: en la cumbre estaba una ermita dedicada á San Francisco Javier, ocupando el mismo sitio que ocupó antes de la conquista un templo de ídolos. Cuando el conde de Galvez entró á gobernar, el edificio estaba muy deteriorado, y emprendió la construccion del palacio sobre el cerro, adornándolo de jardines y de molduras que le daban un aspecto de fortificacion, aunque estaba muy lejos de tener la solidez de una fortaleza.

(1) El pasquin decia así:

En todas partes te veo
Menos en el jubileo.

El jóven virey encontraba placer en todos los espectáculos á donde concurría la sociedad; pero si asistía á los paseos y corridas de toros que encerraban para él un poderoso atractivo, no por esto gozaba menos con las obras debidas á la inteligencia. La Academia de bellas artes alcanzó frecuentes visitas suyas, y el 4 de Noviembre asistió á dar los premios á los jóvenes que se habian distinguido en la pintura, dibujo, arquitectura y grabado. Treinta y tres personas fueron las premiadas, entre las cuales, además de darles algunos objetos propios del arte, se les regaló cuatrocientos duros para que los distribuyeran entre sí.

1786. Las simpatías del pueblo hácia el virey eran cada dia mayores, y llegaron al colmo por una accion verificada el 8 de Abril de 1786. Al volver á Méjico en ese dia, de la casa llamada «Pensil Americano,» que hoy solo son ruinas, situada en el pueblo de San Juanico, junto á Tacubaya, se encontró casualmente con tres reos que conducian en aquellos momentos al suplicio. El virey marchaba á caballo, y la multitud al verle, corrió á pedirle el perdon de los desgraciados que caminaban á la muerte. El conde de Galvez, creyendo que en aquel caso debia representar á la persona del monarca mas en sus atributos de piedad que de justicia, les perdonó la vida en nombre del soberano. El pueblo prorumpió en vivas al virey y le siguió por largo rato manifestándole con entusiastas aclamaciones su gratitud (1). El conde de Galvez escribió al

(1) El señor Alaman y D. Carlos María Bustamante creen que el encuentro no fué casual, sino pensado por el virey, que quiso libertarlos «haciéndose encontradizo.» Yo respeto mucho la opinion de ambos; pero no queriendo

monarca dándole parte del suceso, manifestándole que habia obrado así, interpretando los humanitarios sentimientos de su rey, y suplicando aprobase su conducta en aquel caso. La corte, aunque le aprobó lo hecho por su tío el ministro, le previno tomase providencias para que no se volviese á repetir otro caso igual.

A la vez que el popular virey se ocupaba en activar la construccion del palacio de Chapultepec, hizo que se pintase de nuevo el de Méjico, que se compusiesen las calzadas de Vallejo, la Piedad y San Agustin de las Cuevas; que se empedrasen muchas calles, y se dió principio al alumbrado de ellas. Durante su gobierno se empezaron á construir las bellísimas torres que adornan la suntuosa catedral, y se abrió en la casa que hace esquina á la calle de Tacuba y Empedradillo, el primer café público que tuvo la ciudad. El edificio no es el mismo que se ve actualmente, sino otro de menos importancia.

El carácter franco y la llaneza con que se presentaba el conde de Galvez en los sitios públicos, alcanzando los aplausos y vivas de la multitud, dieron armas á sus enemigos para hacer una pintura poco favorable de él al mo-

jamás partir de conjeturas en hechos de responsabilidad, me atengo á contar sencillamente el acontecimiento, siguiendo lo que refiere en su diario el alabardero D. José Gomez y que, segun él, el encuentro fué debido á la casualidad: oigámosle. «El dia 8 de Abril de 1786, fué el dia de la mayor novedad en Méjico, y fué el caso, que en él sacaron de la cárcel de la Acordada tres hombres para ajusticiarlos, y sucedió que en la estacion de la cárcel al suplicio, venia el Sr. virey conde de Galvez á caballo del pensil americano, y habiéndolos encontrado, los perdonó en nombre del rey nuestro señor, por lo que los de la plebe empezaron á dar vivas al señor virey.»

marca. Esas acusaciones le proporcionaron algunas reconven-
ciones de la corte que le afectaron profundamente
hasta el grado de alterar su salud. Pronto aquel hombre
lleno de vida y de fuerza, que habia manifestado una na-
turaleza de hierro en la campaña hecha contra los ingle-
ses, se vió débil, enfermo y dominado por una melancolía
invencible. Viendo que se aproximaba el término de su
vida, recibió fervorosamente los santos Sacramentos el
15 de Octubre de 1786, y dejando desde aquel dia enco-
mendado el gobierno político á la Audiencia, reservándose
únicamente el militar, se fué al palacio arzobispal de
Tacubaya, sitio de la mas sana temperatura. Mes y medio
despues, el 30 de Noviembre, á las cuatro y cuarto de
la mañana falleció en el expresado palacio, despues de
haber gobernado un año, cuatro meses y nueve dias. Su
cadáver fué trasladado á Méjico para hacerle los honores
fúnebres de la catedral, y en la noche del 11 de Mayo del
siguiente año, se le condujo con notable pompa, á la igle-
sia del colegio apostólico de San Fernando, donde se colocó
su sepulcro enfrente al de su padre. La muerte del virey
conde de Galvez causó profunda pena en el público, y la
gente pobre lloró la pérdida de un gobernante que siem-
pre le auxilió en sus necesidades.

No habiendo pliego de mortaja que señalase al indivi-
duo que debia sucederle en el mando, gobernó la Real
Audiencia presidida por el regente D. Eusebio Beleño.

1787. Compuesta de hombres integérrimos, no
dió paso que no fuese acertado, y medida que no tuviese
por objeto el alivio de las necesidades de la gente pobre
que aun sufría la escasez de granos y las enfermedades

consecuentes á la falta de alimentos. A los males del
hambre que empezaban á ceder, siguieron otros que afec-
taron á la sociedad. Siete minas de las principales del mi-
neral llamado de Balaños, se incendiaron el 5 de Marzo
de 1787, pereciendo veinte desgraciados operarios. En
Oajaca se desplomaron varios edificios con los horribles
terremotos que estuvieron repitiéndose por espacio de
cuarenta dias, esparciendo el terror en las familias; y en
la costa de Acapulco, por causa de esos mismos terremo-
tos que se prolongaron hasta ella, se retiró considerable-
mente el mar, volviendo despues con espantosa furia so-
bre las playas, causando estragos en el ganado que pacía
á corta distancia de ellas.

Quincuagésimo Recibida en la corte de España la noticia
virey de la muerte del conde de Galvez, se nom-
D. Alfonso bró para que ocupase su elevado puesto, al
Nuñez de Haro y Peralta arzobispo de Méjico, D. Alonso Nuñez de
arobispo de Haro, hombre de notable virtud y prudencia
Méjico. que habia vivido siempre haciendo el bien. Su mando
solo debia durar el tiempo que tardase en presentarse en
la Nueva-España el hombre á quien la corona entregase
el vireinato. El arzobispo virey admitió el mando interino,
y sus útiles providencias correspondieron al buen
nombre que disfrutaba. Pocos dias despues de haber em-
puñado las riendas del Estado, se presentaron en Méjico
varios de los intendentes nombrados para las provincias.
El establecimiento de las intendencias que venian en parte
á cambiar el gobierno en todos los ramos de la administra-
cion, fue ideado por el marqués de Sonora, D. José de
Galvez, el activo visitador y severo juez á quien vimos

empezar á ejercer su visita en 1764, destituyendo á varios empleados, viendo premiados sus servicios al volver á España con el nombramiento de ministro de Indias. En su visita habia estudiado detenidamente todo lo relativo al gobierno de la Nueva-España, y juzgando que para el buen arreglo de la hacienda era preciso el establecer intendencias, se propuso llevar á cabo su pensamiento. Y ciertamente que ese código es, como dice muy bien el escritor mejicano D. Carlos Maria de Bustamente, «una obra completa en su línea,» y con la cual se lograba el objeto de su autor. Pero aunque excelente la idea, ofreció, al principio, como sucede en todo, dificultades que arredraban, y que al prudente Bucareli le hicieron aconsejar que se desistiese del intento. Sin embargo, se llevó adelante con teson, y el arzobispo virey D. Alfonso Nuñez de Haro dió la última mano á la ejecucion de aquella importante y benéfica providencia. Todos los actos del arzobispo virey llevaban el sello de la prudencia y rectitud que siempre le habian distinguido, y el monarca, para manifestarle que aprobaba cuanto habia hecho, le escribió dándole las gracias por su noble conducta, y le continuó por toda su vida los honores y tratamientos de virey, dándole además la gran cruz de Carlos III.

En su gobierno eclesiástico, no manifestó menos empeño en cumplir con las obligaciones de buen prelado. Lleno de celo apostólico, estableció el hospital general de San Andrés, incorporando en él el del «Amor de Dios,» fundado poco despues de la conquista por el arzobispo Zumárraga, en que actualmente está la academia de bellas artes de San Carlos: mejoró notablemente y dió mas am-

plitud al palacio arzobispal; estableció el recogimiento de clérigos de Tepozotlan, en la casa que habia sido noviciado de los jesuitas; atendió con vivo interés al colegio seminario así como á otros establecimientos de instruccion y de caridad, y nunca se ocupó mas que de ser útil á la humanidad.
